

Finalmente, se hacen ciertos juicios de valor a lo largo de la introducción que requerirían una justificación que se interesase en el discurso crítico; así, por ejemplo, que la canción de mujer no pueda ser considerada un género autónomo, *digno de un cultivo habitual y con ambiciones literarias en la mayor parte de las escuelas trovadorescas* (p.10), es algo que habría que argumentar de manera más sólida. Por otra parte, enlazar los textos que se citan con *una especie de subliteratura* (p.34) y señalar tres líneas más abajo que son de *elevada conciencia artística* es una contradicción que habría que reparar.

Para terminar, no nos queda más que elogiar el acierto y el buen criterio del autor a la hora de seleccionar los textos que figuran en la antología, si bien creemos que valdría la pena recoger alguna jarcha, sobre todo teniendo en cuenta la afirmación hecha en la página 10: *La canción de mujer [...] nace para nosotros con las jarchas mozárabes.*

Las consideraciones hechas precedentemente no restan ningún mérito científico al libro del profesor Beltrán, que traza, de forma magistral, un ensayo de literatura comparada que pone al lector en contacto con ese marco unitario que constituye la cultura medieval. En conjunto, la obra comentada constituye una valiosa aportación al estado de la cantiga de amigo, siendo de innegable provecho para el estudiante y el estudioso en literaturas románicas. El resultado es un volumen que estimula el pensamiento y que invita a reflexionar.

Pilar Lorenzo Gradín

Universidad de Santiago de Compostela

MARQUÉS DE SANTILLANA, *Obras Completas*, edición, introducción y notas de Angel Gómez Moreno y Maximilian P. A. M. Kerkhof, Barcelona, Planeta (Autores Hispánicos) 1988, LXXXII + 462 págs.

El renovado interés por las letras medievales al que asistimos últimamente en el ámbito hispánico viene de la mano de un importante cambio de perspectiva en el acercamiento a la literatura. Si para la crítica romántica, en la que no dudamos en incluir buena parte de la producida en nuestro siglo, el objeto de atención fundamental era el autor, con lo que esto implica para la metodología del análisis de la obra misma, psicológico o sociológico en buena medida, hoy el acento suele ponerse en el texto.

Dejando aparte los diversos *formalismos* y vanguardias que en el estudio de la literatura se han aplicado de manera más o menos efímera en nuestro ámbito en las últimas décadas, el cambio de perspectiva aludido hay que atribuirlo a la incorporación del hispanismo a la filología *sensu stricto*, es decir, entendida como el conjunto de los procedimientos encaminados a la reconstrucción del texto original de un autor. Gracias a esta filología, que podemos considerar como crítica en sí misma y no como mero instrumento de la crítica, se ha reconocido la primacía del texto.

Esta renovación ha producido recientemente notables resultados en el ámbito hispánico. Entre éstos merece destacarse la labor realizada, entre otros, por M. A. Pérez Priego, A. Gómez Moreno y M. P. A. Kerkhof para el establecimiento crítico de la poesía y prosa del Marqués de Santillana. Los dos últimos estudiosos han publicado hace poco la obra íntegra de este autor en la editorial Planeta. Sin contar la, por muchas razones, poco fiable edición de Amador de los Ríos (Madrid, 1852), vemos recogida por vez primera la obra completa de un autor fundamental para comprender la progresiva latinización a la que se vio sometido el castellano del siglo XV. Desde esta óptica habrá que entender la aproximación a la estructura de la lengua latina incluso en los aspectos que en principio menos se dejan influir, como la morfología del adjetivo patrimonial (cf. son. XXXVIII, 1 *felice*, donde se trata de una lección reconstruida por los editores, 385,72 *infelice*, ó 160,99 *feroce*, aquí en rima con *conoce*, entre otras), y que son muestra, al lado de las formas similares que nos salen al paso en tantos textos del siglo XV, del sesgo que tomó la lengua escrita en aquella centuria, y no de italianismo como aducen los editores en pág. 75, nota 1.

Por otra parte, esta latinización tan patente de la lengua literaria del Marqués de Santillana parece contrastar con el limitado conocimiento del latín que se le ha venido atribuyendo. Coincidimos con la opinión de los editores (Intr., págs. XX-XXI) cuando señalan que tenía al menos un conocimiento pasivo del latín medieval y eclesiástico. A este propósito añadiremos que la encomiable labor de los editores en la identificación de un buen número de las fuentes clásicas habría que complementarla con el estudio de las fuentes bíblicas. La influencia de la Vulgata es notabilísima; inspira un buen número de pasajes de la obra del Marqués, no sólo ya prestándole los temas (entre otros, el de la mesura en la

corrección de los vicios ajenos, en *Proverbios*, 28, que halla paralelo en Ecli. 20:1), sino, incluso, las palabras, como 120,129 *redargüir* (Vg. *redarguo*), 44,66 *longinquo* (Vg. *longinquus*), ó 120,129 *conseguir* 'seguir' (Vg. *consequor*), además de los numerosos calcos explicables bien por una lectura directa de la Vulgata bien por el intermedio de los romanceamientos bíblicos (al parecer, el MS BNM 10288, que contiene una de las versiones más latinizantes del siglo XV, perteneció a la biblioteca del propio Marqués), como 261,695 *presente de amargura*, por "presente amargo", sobre el tipo *sacrificium vanitatis*.

Pasando ya a la metodología y planteamiento de la edición, hay que decir que los editores de la obra del Marqués de la obra del Marqués de Santillana han preferido el MS SA8 (Biblioteca Universitaria de Salamanca 2655) para las partes que contiene, por tratarse, según todos los indicios, de la copia autógrafa que el propio Marqués mandó a su sobrino Gómez Manrique (la correspondencia en verso entre ambos a este propósito puede leerse en las págs. 394-399), y que los editores consideran "un auténtico *codex optimus*" (pág. LXXXI). Este rótulo, hartamente peligroso, y que ha conducido a ediciones muy conservativas de los errores del MS en la edición de otras obras medievales, no ha sido en el caso que nos ocupa un pretexto para la adopción indiscriminada de las lecciones del citado MS, sino que estamos ante una verdadera edición crítica.

A las enmiendas introducidas por los editores añadiríamos otras, como 17,15 *tristura*, en lugar de *tristeza*, exigida por la rima con *mesura* (la otra con gran *tristura* / *començó de suspirar* / *e dezir este cantar* / *con muy honesta misura*), forma aquella muy frecuente en la poesía gallego-portuguesa, y no ajena a la castellana de la época (cf. el *Prohemio e carta*, pág. 450, donde cita el poema *Cativo de miña tristura*, atribuido a Macías). Error de anticipación parece que en el verso 143,207 *antes que se tiró el sombrero* / *que le pudiese hablar*. Nos causa dudas la lección del MS en 211,27-28 *aunque plaça canta Payo*, / *de questa en su cabo reza*. Los versos, de difícil comprensión, podrían leerse *aunque en plaça canta Payo* / *dequ'está en su cabo reza* (es decir, "aunque en lugar abierto parece valiente, al salir de él tiene miedo"), lectura que además de acorde con el pasaje, creemos apoyada por la métrica. Por último, señalaremos en el *Diálogo de Bías contra Fortuna* 285,195-6 *todos son en mi poder* / *e*

puestos son los mis mantos, en boca de la Fortuna, que habrá que leer *so los mis mantos*.

En la presentación gráfica del texto, uno de los puntos en que menos acuerdo hay entre las diferentes escuelas de crítica textual, hay que decir que los editores hacen explícitos algunos criterios de manera sucinta en las págs. LXXXI-LXXXII, donde se inclinan por el respeto a la ortografía de los manuscritos, y señalan únicamente la regularización de *i-j* y *u-v*. Es de notar, sin embargo, algunos descuidos en la aplicación de estas normas. Entre éstos nos importa particularmente 105 *et passim saluar* por *salvar*, donde la opción por una u otra grafía atañe a la adscripción a diferentes raíces léxicas. Consideramos innecesario el apego a los manuscritos en la transcripción de *y* cuando tiene valor vocálico (3,15 *desgayre*, id., 18 *yrá*, 7,38-39 *oyr*, *ruyseñores*, *concluymos*), pues tal grafía responde a la intención de evitar la ambigüedad en la escritura (nótese que se da sobre todo en presencia de letras con las que *i* puede confundirse, particularmente *u*). A similar intención diacrítica puede atribuirse el desarrollo en la escritura gótica de *ç* ante las vocales palatales, y que los editores mantienen siempre (4,34 *parçionero*, 5,2,6 *çerca*). Más problemas plantea el grupo *sc* (MSS *sç*), que los editores también mantienen (*passim nasçer*, *conosçer*, etc.), y del que puede dudarse que tuviera un valor fonético distinto de *c* (confróntese, por lo demás, este uso con el del Cancionero de Oñate-Castañeda - MS HH1- que prefiere formas como 337,5 *clareçiente*, 339,51 *rreconoçer*, id., 53 *regradeçer*). Los editores han conservado también las grafías dobles aun cuando no tienen un valor fonético distinto de la simple, como 16,33 *rrubíes*, 24,8 *affecçión*, 271, 30 *apparente*. Menos aceptable consideramos el transcribir *como* (en los MSS con lineta sobre la *m*) con *commo* (cf. al respecto el juicio de Valdés en su *Diálogo de la lengua*).

Las grafías latinizantes, asumidas pasivamente por los escribas en una época que conoció un gran número de cultismos que sólo vivió inicialmente en la lengua escrita y que desbordó muchas veces las posibilidades de acomodación idiomática, han sido mantenidas por los editores incluso en los casos en que van contra la etimología, como 146,294 y 267,745 *hedad*, y 149,380 *themor*. También preferiríamos ver transcrito 31,35 *et passim sanct(o)* como *sant(o)*, que en los MSS del siglo XV suele aparecer con el compendio *sco*, mero reflejo en romance de un hábito paleográfico latino. Por otra parte, el

apego a los MSS contradice el valor fonético de los grafemas del español en casos como 112,93 *xristianos*, palabra en la que, a la zaga de los usos latinos, se representa por *x* la grafía \approx del griego, o 369,135 *Xpristo*, donde, además, *p* está por ρ .

El texto va acompañado de un considerable número de notas dedicadas principalmente a señalar los pasajes de la literatura latina que han inspirado al autor, y a las que acompañan diversas aclaraciones y explicaciones sobre su lengua. A propósito de estas últimas, y por lo que importa para la historia del español, dudamos de la necesidad de explicar como catalanismo 281,92 *encarir*, en vista de que la alternancia entre las formas en *-ir* y en *-ecer* es frecuente al menos, que sepamos, desde el siglo XIII (cf. 276,29 *parir* frente a *passim parecer*, y 286,229 *guarir* junto a id., 239 *guarecer*, donde la alternancia hay que considerarla propiciada por la rima).

No haríamos justicia a la labor de los editores si no termináramos resaltando que las objeciones que aquí señalamos no menguan en absoluto el enorme mérito de este trabajo. El resultado es un texto fiable, que deberá contribuir a una renovación en los estudios sobre la lengua de la época. Esperamos también que Gómez Moreno y Maxim Kerkhof culminen su meritorio esfuerzo con una *editio maior* de la poesía y prosa del Marqués de Santillana, en la que puedan seguirse a través del aparato crítico los problemas textuales que presenta.

Pedro Sánchez-Prieto Borja
Universidad de Alcalá de Henares

MONTERO CARTELLE, E., *Liber minor de coitu: Tratado menor de Andrología. Anónimo salernitano*. Edición crítica, traducción y notas. Universidad de Valladolid, 1987, 138 págs.

El profesor Enrique Montero Cartelle, Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Valladolid, cumple este año una nueva etapa del compromiso contraído para ofrecernos un conjunto de obras médicas, inéditas hasta ahora en nuestro país, con el rigor y la seriedad que el buen quehacer filológico exige. En 1983 dio a la luz en Santiago de Compostela la primera obra de su programa

como editor: el *Constantini liber de coitu: El Tratado de Andrología de Constantino el Africano*; y nos anuncia, para un futuro que esperamos no muy lejano, la edición del *De conceptione* y el *De sterilitate*, ambos atribuidos a Arnaldo de Vilanova, aunque no sin dudas en el segundo caso.

Conviene señalar desde el primer momento que estamos en presencia de una auténtica edición crítica y no de una simple traducción bautizada con tan solemne marbete, como tan frecuente y abusivamente se hace: el texto latino ha sido fijado con la ayuda de seis manuscritos conservados y las referencias de dos perdidos, y el amplio aparato crítico que acompaña al texto da buena cuenta de tan penosa como imprescindible labor, si de verdad se edita un texto. Frente a la edición latina, la traducción española también goza de numerosas notas explicativas, esta vez, y como es de ley, referidas a cuestiones de *realia*, literarias, bibliográficas, etc.

La edición va precedida de una promenorizada introducción donde se tratan, en tres capítulos, los problemas referidos a la época y al autor del *LMC* (partiendo de la tradición árabe y de la obra ya señalada de Constantino, podría ser obra de un autor anónimo de la escuela de Salerno, del s. XII), a la estructura, el contenido y las fuentes del tratado, y, finalmente, a la tradición textual (descripción de manuscritos, familias, *stemma codicum*, *capitulaciones*, difusión del tratado y características de esta nueva edición). Se advierte que ésta es la *editio princeps* del opúsculo.

Tras la introducción y la edición crítica con traducción y notas, se incluye un amplio glosario de ingredientes medicinales y un índice léxico selectivo, del cual se excluyen los ingredientes medicinales, estudiados con mayor amplitud por su importancia en las páginas inmediatamente precedentes, y el léxico gramatical. Finalmente la Bibliografía se ordena temáticamente en cuatro apartados.

Bibliografía general.

El estudio se presenta, además, en una cuidadosa impresión, de tipos limpios y claros, incluso en aquellos lugares, como el aparato crítico, donde más farragosa podría resultar la lectura. El diseño de portada es, igualmente, digno de elogio. Todo ello contribuye a impresionar gratamente al lector.

En conclusión, la edición del profesor Montero es un ejemplo brillante del nivel que han alcanzado los estudios de Filología Clásica en España y nos muestra una vía de

esperanza para todos aquellos que estamos entregados a su cultivo.

Antonio Alvar Ezquerro
Universidad de Alcalá de Henares

SCOY, HERBERT A. VAN, *A Dictionary of Old. Spanish Terms Defined in the Works of Alfonso X*, ed. by Ivy A. Corfis, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1986.

De todos los proyectos en curso sobre lexicografía medieval, el *Dictionary of Old Spanish Language [=DOSL]*, en que trabaja el Hispanic Seminary of Medieval Studies de Madison, presenta el más ambicioso programa planteado sobre el tema. De ahí su lentitud, al señalarse dos etapas previas en su realización: 1ª) fijar y localizar los textos medievales con los que se va a operar (tarea ingente, por otra parte: así lo demuestra la cuarta edición del *Bibliography of Old Spanish Texts* que se elabora en la actualidad), y 2ª) preparar índices sistemáticos de concordancias de las obras que entrarán a formar parte del *DOSL*. La informática y la catalogación exhaustiva de bibliotecas se alían para volver realizable un empeño que, hasta hace poco, pudiera parecer utópico. Y, si no, véase el fallido resultado que constituye el *Diccionario Medieval Español* de Martín Alonso (Salamanca, Universidad Pontificia, 1986, 2vols.), al haber prescindido del rigor necesario para tal labor.

Muestra de la única pretensión a que podía aspirarse hace unas décadas es este glosario de los términos definidos en las obras del Rey Sabio, que Herbert A. Van Scoy preparó en 1939 como tesis doctoral bajo la dirección de Américo Castro. El equipo lexicográfico que elabora *DOSL* ha creído conveniente la publicación de estos datos.

Casi medio siglo, pues, ha transcurrido desde la redacción de estas fichas; tiempo que ha pasado en vano: nuevas metodologías científicas y técnicas posibilitan que, hoy, el inmenso esfuerzo que debió desplegar Van Scoy quede reducido a poder contar con un lector de microfichas y con las *Concordances and Texts of the Royal Scriptorium Manuscripts of Alfonso X, el Sabio*, editadas en 1978 por Loyrd Kasten y John Nitti, iniciando de este modo la labor de "indización" de los textos medievales. Frente a esto, Van

Scoy hubo de leer los manuscritos de las obras del Rey Sabio para localizar las definiciones perseguidas. Pese a ello, pocas aclaraciones lexicográficas escaparon a su atención, aunque al contrastar sus materiales con las microfichas de 1978 haya habido que añadir alguna definición.

La "Introducción" escrita por Van Scoy mantiene íntegro su valor, pese a los años transcurridos, siguen siendo de gran interés sus planteamientos, en parte porque pocas aproximaciones más se han intentado a este tema.

Manifiesta para ello, en primer lugar, cómo la lexicografía medieval surge de la imagen del mundo creada por el hombre del siglo XIII: la armonía divina que rige seres y cosas se proyecta en un deseo enciclopédico que cristaliza en la obra de V. de Beauvais (*Speculum majus*, h. 1264) y en el conjunto de textos impulsados por Alfonso X. Hay una diferencia clara entre los dos autores: Francia carecía de unidad nacional y V. de Beauvais ha de escribir en latín; en cambio, en España *was possible (...) for Alfonso to use a language which could easily understood by the laity as well as the clerics of the newly expanded nation* (p. VIII).

Imagen del mundo, lengua romance y nación asegurada en sus términos geográficos permiten que Alfonso X idee una explicación general de la conducta humana, a fin de consolidar el esfuerzo político de su padre. El Rey Sabio, además, no tuvo que luchar mucho por romper la dualidad "latín/español", ya que en la Península Ibérica no había arraigado un latín "oficializado" como en Francia e Italia.

Promueve, pues, el monarca el deseo en sus "compiladores" de aclarar los términos lingüísticos que se sentían extraños o difíciles en su comprensión. Había obras que lo exigían especialmente, como las *Siete Partidas*, pero en otros textos subyace una verdadera obsesión por dar a conocer y transmitir a todos una realidad común. Quizá, así, se explique la insistencia en definir con términos claros y precisos, más que en perderse en divagaciones abstractas.

Van Scoy -en la sección más importante de su trabajo- conecta las preocupaciones de Alfonso X y la tradición lexicográfica de la que se siente continuador. El Rey Sabio asume los anteriores vocabularios medievales, los tratados etimológicos, las glosas legales y bíblicas con comentarios, los lapidarios y los bestiarios, aceptando, en buena medida, el modelo y la forma de las definiciones

halladas en esas fuentes, que se ajusta, de todas formas, a la nueva visión del "lenguaje de Castiella".

Tres corrientes se funden en este propósito:

1) Las *Etimologías* de S. Isidoro de Sevilla, posiblemente el texto mencionado y citado con mayor frecuencia.

2) Las misceláneas, de las que Van Scoy estudia seis textos, comparando algunas de sus definiciones con las que ofrece Alfonso X. Menciona, así, los vocabularios de Hugutius y Papias, el *Doctrinale Metricum* de Villa Dei, el *De nominibus exhortis a Graeco* de Eberhard, el *Massa Compoti* de Alexandre de Villedieu y glosas anónimas recogidas en el *Corpus Glossariorum* de Goetz.

3) La tradición jurídica, propagada por la Escuela de Bolonia y testimoniada, por ejemplo, por el *Libellus de verbis legalibus*.

Pese a este aluvión de obras, Alfonso X impone una técnica particular a las palabras que define, tal como atestigua una cita de las *Siete Partidas*:

Significamiento et declaramiento de palabra tanto. quiere decir como demostrar et espaladinar claramente el propio nombre de la cosa sobre que es la contienda, o si tal nombre non hobiese, mostrarla o averiguarla por otras señales ciertas. S.P. VII, 33, 1.

Se esconde aquí un verdadero plan de actuación lexicográfica: un objeto se definía nombrándolo; cuando no había nombre, había que acudir a esas "otras señales ciertas": etimologías, aclaración y explicación del objeto.

Tres fórmulas se establecen en estas definiciones: 1) se presta atención a la palabra en sí, 2) o sobre el objeto considerado, 3) o sobre la representación de la palabra sugerida. Definición, descripción y explicación por tanto. Tres vías que se diferenciaban por un específico lenguaje formulario.

Dos propósitos se albergan en esta meticulosa reflexión sobre el lenguaje: por una parte, la consciente construcción de una lengua nacional (de ahí, los cultismos y neologismos, absorbidos con ese propósito), y, por otra, la atención prestada al mundo contemporáneo: desde el pasado, el monarca afirma la realidad presente.

Van Scoy, por último, estudia las definiciones etimológicas, mostrándolas como el proceso seguido más frecuente por Alfonso X para explicar el verdadero significado de la palabra; son interpretaciones de raíces griegas o latinas, que, en muchas ocasiones, provocan

falseamientos de la realidad: contradictoria imagen de un mundo inseguro que iba construyéndose a sí mismo a través del lenguaje.

Cerca de un millar de términos se ofrecen en este glosario. Junto a la voz de la palabra figura su traducción inglesa y la definición lexicográfica, acompañada de su localización textual, a través del sistema de microfichas ya citado: se indica la obra, con abreviaturas, el folio y las líneas. Hay conceptos que presentan varias definiciones y, en otros casos, se discute la formación etimológica de la palabra.

¿Reúne Van Scoy todas las definiciones presentes en la obra del Rey Sabio?. Como no se aclaran los motivos de selección terminológica pudiera parecer que no. Véase un ejemplo: en el cap. 196 de la *Estoria de España*, el filósofo Segundo, delante del emperador Adriano, contesta sistemáticamente a una serie de cuestiones mediante breves definiciones, algunas alegóricas, pero otras reales. Por supuesto, carecen de sustancia lexicográfica y responden al método "pregunta-respuesta" tan corriente en otras obras doctrinales, pero alguna de ellas (*amigo*, *riquezas*, *pobreza*, *suenno*, *uida*, *muerte*, etc.) pudieran haberse incluido en este glosario, ya que, al menos, cumplen uno de los requisitos fijados por Van Scoy: ilustrar la concepción del hombre medieval sobre la realidad y su imagen del mundo. En la misma *Estoria de España* resulta, también, fácil localizar otras definiciones (ya más concretas) que aquí se omiten: así, *ystoriographos* (I, 87b, 28-29 y I, 145a, 18-20), *description* (I, 99b, 42-44) y *rectorica* (I, 85b, 42-44). O hubiera convenido incluir la siguiente definición de *feudo*: *Et feudo es la tierra o castiello que omne tenga del sennor, de guisa que ge lo non tuelga en sus dias, el non faziendo por que* (II, 665a, 29-32), más vinculada a la realidad social e histórica de Castilla que la que se recoge en la *Partida* cuarta.

Pero estas ausencias en nada afectan a la importancia del trabajo desarrollado por Van Scoy: solamente el hecho de poder presenciar las realizaciones lexicográficas emprendidas por Alfonso X justifica la publicación de este libro. La Edad Media se desvela a sí misma en imágenes lingüísticas; su observación, la lectura de este diccionario, la convierte en viva realidad.